

Nuestro vino es amargo...

Ni GuateÁmala ni Guatemierda.

Gustavo Berganza

...pero es nuestro vino, dice el viejo adagio para referirse a circunstancias incómodas que forman parte de nuestra existencia y las cuales, si no podemos obviarlas, preferimos describirlas de manera oblicua. Puede ser que en la intimidad del hogar reconozcamos que alguno de nuestros hijos tiene características que lo alejan del patrón aceptado de belleza; sin embargo, a pesar de ver la desproporción de sus brazos respecto al torso y de notar que su quijada más parece una gaveta, nos ofendemos de que lo llamen gorilón. O puede ser que el aliento de la prima Tita, con perenne olor a chico, ya nos haya llevado a llamarle la atención por los clavos que hace. Sin embargo, nos sentimos incómodos cuando alguien, aunque sea pariente, publicita sus defectos fuera del círculo familiar.

Algo semejante ocurre con las miserias de esta parcela geocultural llamada Guatemala, en la cual nos tocó nacer. Es este el sitio en donde no solamente se desarrolló nuestro físico y nuestro intelecto, sino además ha sido el lugar en el que hemos ido tejiendo una extensa red de afectos y desafectos. Desde que salimos del vientre materno –y probablemente desde que empezamos a gestarnos dentro de este– los estímulos recibidos introyectan aspectos abstractos y concretos que nos hacen sentirnos parte de este conjunto llamado país. Son sentidos compartidos, emociones, conocimientos, reglas y relaciones, muchas de las cuales se asocian a la idea de patria, nacionalidad y ciudadanía. Cada uno de estos elementos vinculantes tiene matices distintos, dependiendo de la clase social, el grupo étnico, la localidad específica y el momento histórico en los cuales estamos situados y no obstante al final todos convergen en hacernos sentir parte de una comunidad.

Por supuesto, esto no es un obstáculo para que indicadores sobre los cuales no tenemos control, como el índice de pobreza, el porcentaje de niños que no asisten a la escuela, el índice de desnutrición crónica, el desempleo abierto, la tasa de homicidios, el porcentaje de jóvenes que se integran a las maras y el número de delitos que nunca son perseguidos no nos ponga en perspectiva las limitaciones de esta parcela geocultural. No somos tan ciegos como para tragarnos la visión azucarada de GuateÁmala. Estos indicadores confirman que quienes reniegan del país tienen razones objetivas para hacerlo, porque en Guatemala prevalecen factores que limitan el desarrollo humano.

Motivos suficientes hay, entonces, para explicar los sentimientos de Andrés Zepeda hacia el país. Pero también está en lo justo el Defensor del Lector cuando, al censurar la manera como ese columnista expresa su disgusto hacia Guatemala afirma: “Se puede execrar sin acudir a la inmundicia”. Es lo mismo que sucede con el hijo simiesco y la prima alcohólica: sabemos los defectos que tiene nuestro país, pero en general nos refrenamos de resumirlos en público con esa frase lapidaria, porque no dejamos de tenerle un inmenso apego emocional. Al fin y al cabo, es el único país que tenemos. De nuevo: “Nuestro vino es amargo, pero es nuestro

vino".